

tenerme, y yo ya estaba en el bosque buscando al importuno cantor. Registré todo el arbolado, no dejé una sola mata en la que no metiese el cañon de mi carabina, sacudí todas las espigas, removí todas las yerbas y... nada, no encontré á nadie. Esta inútil tentativa y mis inútiles reflexiones aumentaron mi confusion y mi cólera. ¡El insolente rival se escapaba siempre de mi brazo y de mi espíritu; ni le podia adivinar ni encontrarle! Me distrajo de estas reflexiones el ruido de campanillas que oí cerca de mí. Volví la cabeza: era el enano Habibrah, que estaba ya á mi lado.

—Buenos dias, amo, me dijo, inclinándose con respeto; pero su mirada bizca, fija oblicuamente en mí, me pareció que leia, con expresion indefinible de malicia y de triunfo, la ansiedad que se retrataba en mi rostro.

—Habla, le contesté; ¿has encontrado á alguien en este bosque?

—A nadie más que á vos, señor mio, me respondió con tranquilidad.

—Pero no oíste una voz...?

El esclavo quedó mudo un momento como recapacitando lo que debia responder. Mi sangre ardia.

—¡Pronto, responde pronto, desgraciado! has oído una voz...?

Habibrah fijó en los míos sus ojos, redondos como los de un gato.

—¿Qué quereis decir, mi amo, al preguntarme si he oído una voz? Hay voces por todas partes y para todo; la voz de los pájaros, la del agua, la del viento que mueve las hojas...

Le interrumpí, sacudiéndole con violencia.

—Miserable bufon! no me tomes por juguete ó escucharás demasiado cerca la voz que salga del cañon de esta carabina. Respóndeme en cuatro palabras. ¿Has oído en este bosque la voz de un hombre que cantaba una cancion española?

—Sí, señor, contestóme sin inmutarse; oí la música y la letra, y os voy á referir cómo fué eso. Iba yo paseando por la vera de este bosque oyendo lo que me decian al oído los cascabeles de la gorra; de repente unió el viento á este concierto unas palabras de una lengua que llamais española... la primera que articularon mis labios, cuando contaba mi edad, no por años, sino por meses; cuando mi madre me suspendia encima de sus espaldas con fajas de lana encarnada y amarilla. Esa lengua me enamora, porque esa lengua me recuerda el tiem-

po en que yo era pequeño y no era enano, en que era niño, pero no bufon; y por eso me acerqué hácia la voz con la idea de oír lo que cantaba.

—Y qué más? repuse impaciente.

—Nada más; pero si quereis os diré, mi amo, quién es el cantador.

No sé cómo al oír esto no abracé al pobre bufon.

—Oh! habla, grité, habla; toma esta bolsa, Habibrah, y diez bolsas más llenas que ésta te daré si me enteras de quién es ese hombre.

Tomó la bolsa, la abrió y sonrióse.

—Diez bolsas más llenas que ésta! Demonio! Eso me producirá una fanega de buenos escudos del busto de Luis XV, los suficientes para sembrar el campo del mágico granadino Alcornino, el que estaba iniciado en el arte de hacerle producir buenos doblones; pero no os incomodeis, mi amo, que ya voy al asunto. —¿Os acordais, señor, de las últimas palabras de la cancion, que dicen: "Tú eres blanca y yo soy negro, pero el dia necesita unirse á la noche para producir la aurora y el crepúsculo de la tarde, que son más hermosos que él?," Ahora bien, si esto es cierto, el zambo Habibrah, vuestro humilde esclavo, hijo de una negra y de un blanco, es más hermoso que vos, mi amo. Yo soy el producto del dia y de la noche, yo soy la aurora ó el crepúsculo de que habla la cancion, y vos solo sois el dia.

El enano, diciendo esto, relase á carcajadas. Le interrumpí otra vez.

—¿Adónde vas á parar con esas extravagancias? ¿Qué tiene todo eso que ver con el hombre que cantaba en el bosque?

—Sí, por cierto, mi amo, repuso el bufon mirándome con malicia. Es evidente que el hombre que cantó semejantes extravagancias, como vos las llamais, no puede ser más que un loco semejante á mí. Ya he ganado las diez bolsas.

Levantaba ya la mano para castigar la insolente bufonada del esclavo, cuando resonó de repente un grito espantoso en el bosque hácia la parte del pabellon del rio. Este grito lo lanzó María. Me precipito, corro, vuelo, pensando en la nueva desgracia que debia temer. Llego jadeante al gabinete de verdura y en él me esperaba un espectáculo terrible. Un monstruoso cocodrilo, cuyo cuerpo manteníase medio oculto entre las cañas y los nogales del rio, habia asomado la enorme cabeza por una de las arcadas de ramaje que sostenian el techo del pabellon. Su boca repugnante entreabierta ame-

nazaba á un joven negro, de estatura colosal, que con un brazo sostenia á la espantada joven y con el otro introducía con audacia un hacha de dos filos en las aceradas quijadas del monstruo. El cocodrilo luchaba furiosamente contra aquella mano audaz y poderosa que apenas le dejaba moverse. En el momento de presentarme en el pabellon, María lanzó un grito de júbilo, desprendióse de los brazos del negro y cayó en los míos, diciendo:

—Me he salvado!

Al hacer María dicho movimiento y al pronunciar la exclamacion indicada, el negro se volvió bruscamente, cruzó los brazos sobre el palpitante pecho y, fijando dolorosa mirada en mi prometida, quedóse inmóvil, sin apercibirse de que el cocodrilo estaba á dos pasos de él, que habia abandonado su hacha y que le iba á devorar. No se hubiera salvado el intrépido negro si yo no hubiese depositado á María en brazos de su nodriza, que estaba sentada en un banco, más muerta que viva, y yo no hubiese apuntado al monstruo con la carabina, disparándole á boca de jarro. Mortalmente herido el cocodrilo, abrió y cerró dos ó tres veces la ensangrentada boca y los apagados ojos, pero solo fué por un movimiento convulsivo: en seguida cayó con estruendo sobre la espalda, encogiéndose con violenta contraccion sus anchas y escamosas patas. Habia ya muerto.

El negro cuya vida salvé volvió la cabeza y vió las últimas agonías del monstruo: entonces fijó los ojos en tierra y, levantándolos con lentitud hácia María, que habia apoyado la cabeza sobre mi corazon, me dijo con el acento de la desesperacion:

—Por qué le has matado?

Después se alejó precipitadamente, sin esperar á que le contestase, internándose en el bosque, por el que desapareció.

## IX.

En esa escena terrible, ese singular desenlace, las sensaciones de toda clase que acompañaron á mis vanas pesquisas en el bosque levantaron un caos en mi cerebro. María quedó pensativa á causa del terror que la habia agitado, y transcurrió bastante tiempo antes de que pudiéramos comunicarnos nuestros pensamientos incoherentes. Yo fui el que rompió el silencio.

—Ven, María, salgamos de aquí... Este sitio debe sernos funesto.

María se levantó presurosa, cual si hubiese esperado mi permiso: apoyóse en mi brazo y salimos del pabellon.

La pregunté cómo habia conseguido el milagroso socorro de aquel negro en el momento crítico del peligro, y si conocia á ese esclavo, pues el basto calzon, que cubria apenas su desnudez, demostraba sin duda que pertenecia á la última clase de los habitantes de la isla.

—Ese hombre, díjome María, debe ser uno de los negros de mi padre, que se encontraria trabajando cerca del rio en el momento de aparecer el cocodrilo, que fué cuando lancé el grito que te advertió que yo corria peligro. Cuanto puedo decirte es que en el acto vino á socorrerme.

—De qué parte vino?

—Del lado opuesto al que salia la voz del cantor y por donde tú penetrabas en el bosque.

Este incidente desbarató la coincidencia que hallé entre las últimas palabras españolas que me dirigió el negro al retirarse y la cancion que cantó en la misma lengua mi rival desconocido. Además, otras coincidencias me embargaban el ánimo. Aquel negro, de estatura gigantesca, podria muy bien ser el rudo adversario con quien luché la noche anterior; la circunstancia de su desnudez era un indicio bastante marcado. El cantor del bosque dijo:—"Yo soy negro..." Otro indicio. Él dijo que era rey y éste debe ser esclavo; pero al mismo tiempo recuerdo con admiracion el aire rudo, pero majestuoso, impreso en su semblante entre signos característicos de la raza africana; el brillo de sus ojos, la blancura de sus dientes, resaltando sobre el negro lustroso de la piel; la longitud de su frente, cosa extraña en un hombre negro; el desden que hinchaba sus labios y sus narices, dándoles un no sé qué de altivo y de poderoso; la nobleza de su porte, la belleza de sus formas, que, enflaquecidas y degradadas por la fatiga del trabajo diario, conservaban todavía un desarrollo hercúleo, representábame en su noble conjunto el aspecto imponente de aquel esclavo y me parecia que no era indigno de un rey. Calculando otra infinidad de incidentes, mis conjeturas se detenian con marcada cólera en aquel negro insolente, y hubiese querido que se le buscara y que se le castigase... pero luego volvian á asaltarme las indecisiones. Porque en realidad, ¿qué fundamento tenian mis sospechas? Poseyendo España gran parte de la isla de Santo Domingo, habia en ella muchos negros, ya

porque hubiesen pertenecido primitivamente á los colonos de Santo Domingo, ya porque fuesen nacidos en la isla, y unos y otros mezclaban su dialecto con el español. ¿Y porque ese esclavo me dirigió alguna frase española, era bastante motivo para suponerle autor de una cancion en dicha lengua, que indicaria precisamente un grado de cultura que no alcanzan los negros? Respecto al singular reproche que me dirigió por haber matado al cocodrilo, indicaba en el esclavo aburrimiento de la vida, el que era fácil de comprender, teniendo en cuenta su posicion, sin necesidad de recurrir á la hipótesis de su amor imposible hácia la hija de su amo. Su presencia en el bosque del pabellon podia ser fortuita; su fuerza y su estatura no podrian servir de verdadero comprobante que le identificase con mi antagonista nocturno.

¿Podia con tan débiles indicios llevar á mi tio una terrible acusacion y entregar á la venganza implacable de su orgullo á un pobre esclavo que con tanto valor socorrió á María?

Mientras semejante idea apaciguaba mi cólera, María la dispó por completo, diciéndome con su dulce voz:

—Querido Leopoldo, debemos estar agradecidos á ese intrépido negro... sin su socorro quizás hubiera yo perecido... tú hubieras llegado ya demasiado tarde.

Estas palabras produjeron en mí efecto decisivo. No desistí de la intencion de hacer buscar al esclavo que salvó á María, pero cambié el motivo de mis investigaciones: ya no buscaba al esclavo para castigarle, sino para que se le recompensase.

Supo mi tio por mí que debia la vida de su hija á uno de sus esclavos, y me prometió la libertad del salvador si podia dar con él entre la multitud de aquellos desgraciados.

## X.

Hasta entonces la disposicion natural de mi espíritu me mantuvo alejado de las plantaciones donde trabajaban los negros, porque era penoso para mí ver sufrir á seres á los que no podia aliviar de sus sufrimientos. Pero como al dia siguiente mi tio me propuso que le acompañase en su visita de inspeccion, me apresuré á aceptar la invitacion, con la esperanza de encontrar entre los trabajadores al salvador de mi adorada María.

Durante aquella visita tuve ocasion de ver cuán poderoso es el ojo del amo sobre los esclavos, pero ví al mismo tiempo cuán caro cuesta este poder. Los negros, temblorosos en presencia de mi tio, á su paso redoblaban sus esfuerzos y su actividad; mas ¡cuánto odio excitaba en ellos el terror que les causaba su dueño!

Irascible mi tio por costumbre, iba ya á enfadarse por no encontrar motivo para emplear su rigor, cuando el bufon Habibrah, que nunca le dejaba, indicóle que un negro, rendido de fatiga, se habia quedado dormido bajo una espesura de palmeras. Mi tio se acerca á aquel infeliz, le despierta á puntapiés y le manda que se ponga á trabajar; se levanta el negro aterrado, y al levantarse descubre un tierno rosal de Bengala, sobre el que se habia acostado inadvertidamente, rosal que mi tio cuidaba con empeño y que quedó inutilizado. Al verlo destruido, el amo, que ya estaba irritado contra el esclavo, se puso furioso contra él. Fuera ya de sí, desató el látigo de correas aceradas, que llevaba encima en todos los paseos por sus plantaciones, y levantó el brazo para castigar al negro, que se habia puesto de rodillas.

Pero no pudo descargar el golpe... Una mano poderosa detuvo súbitamente el brazo del colono, y un negro (el que yo buscaba) le dijo en francés, con singular energía:

—Castígame, porque acabo de ofenderte, pero no hagas daño á mi hermano, que solo estropeó un rosal.

La inesperada intervencion del hombre al que María debió la salvacion, su gesto, su mirada y el acento imperioso de su voz me dejaron atónito; pero su generosa imprudencia, en vez de conmover á mi tio, sirvió para aumentar su rabia y trasmitirla desde el primer negro hasta el segundo, su defensor. Mi tio, en el colmo de la desesperacion, prorumpió en furibundas amenazas y levantó por segunda vez el látigo para herir al recién aparecido; pero esta vez le arrancaron el látigo de las manos: el negro rompió el mango cubierto de clavos, como se rompe una espiga, y pisoteó con indignacion este infame instrumento de venganza. Inmóvil estaba yo de sorpresa y mi tio de furor; era para él cosa inaudita ver así ultrajada su autoridad. Sus ojos querian salirse de sus órbitas, sus labios pálidos temblaban. El esclavo le contempló un instante con serenidad; despues, de repente, presentándole con

dignidad un hacha que tenia en la mano:

—Blanco, le dijo, si quieres herirme, toma al menos esa arma.

Mi tio, lívido de ira, le hubiera sin duda obedecido, á no interponerme yo inmediatamente; cogí el hacha y la arrojé en una noria inmediata.

—Qué es lo que haces? dijo mi tio enfurecido.

—Libraros, respondí, de la desgracia de herir al salvador de vuestra hija: á este esclavo debeis la vida de María; este es el negro cuya libertad me prometisteis.

No era momento oportuno para invocar el cumplimiento de su promesa, y apenas mi tio hizo caso de esas palabras.

—Su libertad! me replicó con aire sombrío. Sí... merece salir de la esclavitud... Su libertad! veremos de qué naturaleza será la que le concedan los jueces del tribunal de guerra.

La contestacion de mi tio me dejó helado y María y yo le suplicamos inútilmente. El negro cuya negligencia motivó aquella escena fué apaleado y su defensor encerrado en un calabozo de la fortaleza de Galifet, como culpable de haber levantado la mano contra un blanco, lo que era considerado como un crimen capital.

## XI.

Podéis comprender, señores, hasta qué punto semejantes circunstancias despertarian en mí el interés y la curiosidad. Tomé todos los informes posibles acerca del prisionero y supe detalles muy singulares. Dijéronme que sus compañeros miraban á aquel jóven con profundo respeto. Era esclavo como ellos, y sin embargo, la menor seña suya les bastaba para apresurarse á obedecerle. No habia nacido en la colonia, nadie conocia á sus padres, y pocos años atrás un buque empleado en el tráfico de negros le trajo á Santo Domingo. Esta circunstancia hacia más notable el imperio que ejercia sobre sus compañeros de esclavitud, hasta con los *criollos*, que miran casi siempre con profundo desprecio á los negros *congos*, expresion impropia, pero general, con la que se designa en la colonia á los esclavos traídos de Africa.

A pesar de su estado habitual de melancolía, su fuerza extraordinaria y su maravillosa destreza hacian de él un hombre inapreciable para el cultivo de

las plantaciones. Daba vueltas más aprisa y durante más tiempo á las ruedas de una noria que el mejor caballo, sucediéndole muchas veces desempeñar en un dia el trabajo de diez de sus compañeros, con la idea de librarlos del castigo reservado á la negligencia ó al cansancio; por esto los esclavos le adoraban, pero la veneracion que éste les inspiraba era diferente del terror supersticioso con que miraban al enano Habibrah; parecia dimanar de causa oculta; era una especie de culto.

Lo más extraño era, segun me dijeron, verlo sencillo y afable con sus compañeros, que tenian una verdadera satisfaccion en obedecerle, y verlo fiero y altivo con nuestros capataces. Verdad es tambien que estos esclavos privilegiados, eslabones intermedios que enlazaban, por decirlo así, la cadena de la servidumbre á la del despotismo, uniendo la baja de la condicion á la insolencia de la autoridad, encontraban un maligno placer en agobiarlo de trabajo y de vejaciones. Sin embargo, parece que respetaban en él el sentimiento de indignacion que le movió á ultrajar á mi tio, pues ninguno de ellos se atrevió jamás á imponerle castigos afrentosos; y si trataban de imponérselos, veinte negros se presentaban á sufrirlos por él; y él, grave é inmóvil, asistia á la ejecucion de la sentencia como si así cumpliese un deber. Este hombre singular era conocido en la colonia con el nombre de *Pierrot*.

## XII.

Esos detalles excitaron mi juvenil imaginacion. María, compasiva y agradecida, participaba de mi entusiasmo, y al fin nos inspiró Pierrot á entrambos tal interés, que resolví verle y servirle en cuanto pudiera: solo pensaba en cómo podia hablarle.

A pesar de ser yo muy jóven, por ser sobrino de uno de los colonos más ricos del Cabo tenia el grado de capitán en las milicias de la parroquia del Acul. A éstas estaba confiada la custodia del fuerte de Galifet y á un destacamento de dragones amarillos, cuyo jefe, que era ordinariamente un alférez de dicha compañía, tenia el mando de la fortaleza. Quiso la casualidad que en aquella época el comandante fuese hermano de un pobre colono á quien pude prestar grandes servicios y con quien podia contar en todo trance...

Al llegar aquí, el auditorio interrumpió.

pió á Auvernery nombrando á Tadeo. —Lo adivinásteis, señores, prosiguió diciendo el capitán. Comprendereis, pues, que me fué fácil conseguir que me permitiese entrar en el calabozo del negro, y mucho más teniendo derecho á visitar el fuerte como á capitán de milicias. Para no inspirar sospechas á mi tío, cuya cólera no se había apaciguado aun, tuve la precaucion de visitar el calabozo mientras él dormía la siesta. Todos los soldados, exceptuando los centinelas, estaban dormidos. Llegué á la puerta del calabozo conducido por Tadeo, que abrióme y se retiró apenas yo entré.

El negro estaba sentado, no pudiendo ponerse en pié á causa de su gigantesca estatura. Pero no estaba solo; un dogo enorme se levantó gruñendo y se acercó á mí.—Rask! gritó el negro.—Calló el perro y fué á tenderse á los piés de su amo y se puso á comer miserables alimentos.

Yo iba vestido de uniforme; la luz que entraba por una ventanilla en el calabozo era tan débil que Pierrot no podía conocerme.

—Estoy dispuesto, me dijo con serenidad.

Al hablar así quiso levantarse.

—Estoy dispuesto, repitió.

—Creí, le dije, sorprendido al ver la soltura de sus movimientos, que estaríais cargado de cadenas.

La conmocion hacia temblar mi voz; el negro no me reconoció por ella y movió con el pié un objeto sonoro.

—Cadenas! Las he roto.

En la expresion que dió á esas palabras parecia querer decirme: *No he nacido para arrastrar cadenas.*

—No sabia que os hubiesen permitido tener aquí un perro.

—Yo le he hecho entrar.

Mi admiracion iba en aumento. La puerta del calabozo estaba cerrada por un triple cerrojo; la ventanilla tenia seis pulgadas de ancho y la guarnecian dos barrotes de hierro. Comprendió el preso el sentido de mis reflexiones y, levantándose tanto como le permitia la altura de la bóveda, arrancó sin esfuerzo una piedra enorme colocada debajo de la ventanilla y quitó los dos barrotes de hierro, de suerte que quedó una abertura por la que con facilidad podrian pasar dos hombres. Dicha abertura estaba al nivel del bosquecillo de plátanos y cocoteros que cubre el cerro al que estaba adosado el fuerte.

Quedé mudo de sorpresa; de repente

un rayo de luz iluminó mi semblante. El prisionero se irguió, como si impensadamente hubiera pisado una serpiente, y su frente chocó con las piedras de la bóveda. Mezcla indefinible de sentimientos opuestos, extraña expresion de odio, de benevolencia y de dolorosa sorpresa le agitaron; pero dominando rápidamente sus pensamientos, su semblante recobró la serenidad y calma habituales y fijó en la mia su mirada indiferente. Miróme frente á frente, como si fuese desconocido para él.

—Aun puedo vivir dos dias sin comer, me dijo.

Hice un gesto de horror al apercibirme de la escualidez del desgraciado.

—Mi perro solo puede comer lo que yo le dé, y si no ensancho el respiradero, el pobre Rask hubiera muerto de hambre. Más vale que sea yo el que muera, ya que está decretada mi muerte.

—No, grité yo, no morireis de hambre. El esclavo no me comprendió.

—Sin duda, repuso el preso sonriendo con amargura, hubiera podido vivir dos dias más sin comer; pero estoy ya dispuesto, señor oficial, y hoy mejor que mañana. Os suplico que no hagais daño á Rask.

Entonces me hice cargo de lo que significaba su *estoy dispuesto*. Acusado de un crimen que se castigaba con la muerte, creia que yo era el encargado de llevarle al suplicio; y este hombre, dotado de fuerzas colosales, disponiendo de medios para evadirse, decia, sereno y con frialdad, á un jóven: *Estoy dispuesto*.

—No causeis el menor daño á Rask, me repitió.

No me pude contener ya y le hablé así:

—¡Es decir, que no solo me tomáis por vuestro verdugo, sino que dudáis de mi humanidad hácia ese pobre perro, que ningun mal me ha causado!

Conocí que se enternecía y su voz se alteró.

—Blanco, me dijo tendiéndome la mano, perdóname; quiero mucho á mi perro; y añadió despues de breve silencio: los tuyos me han hecho mucho daño.

Abracéle y dile un apretón de manos.

—No me conoceis? le pregunté.

—Solo sabia que éras blanco, y para los blancos, por buenos que sean, los negros nada valen. Además, tengo motivo para quejarme de tí.

—De mí?

—¿No me has conservado dos veces la vida?

## XIII.

Yo le veia todos los dias á la misma hora; su proceso me tenia con mucho cuidado, porque á pesar de mis súplicas, mi tío se obstinaba en continuarlo. No oculté mis temores á Pierrot, á pesar de que éste me escuchaba con indiferencia al hablarle yo de esto.

Con frecuencia llegaba Rask mientras estábamos juntos, trayendo el cuello envuelto en una ancha hoja de palmera. El negro la desenvolvía, leia en ella algunas palabras escritas con caracteres desconocidos y despues la desgarraba. Yo me habia ya acostumbrado á no preguntarle.

Entré un dia en el calabozo sin que él lo advirtiese, porque daba las espaldas á la puerta de su cárcel; estaba cantando con acento melancólico el polo español, *Yo, que soy contrabandista*. Cuando concluyó de cantar, se volvió bruscamente hácia mí y me dijo:

—Hermano, prométeme, si alguna vez llegas á dudar de mí, desechas todas tus sospechas al oirme esta cancion.

Su mirada era imponente; yo le prometí lo que me pedia, sin saber á punto fijo qué entendia por estas palabras: *si alguna vez llegas á dudar de mí...* Tomó en seguida la honda corteza del coco, que cogió el dia que le visité por primera vez, la llenó de vino, me obligó á llevarla á mis labios y luego él la apuró de un trago; desde ese momento siempre ya me llamaba su hermano.

Entre tanto empecé á concebir alguna esperanza: mi tío no estaba ya tan irritado; los preparativos y la alegría de mi próximo casamiento con su hija habian infundido en su ánimo ideas más risueñas. María unia sus ruegos á los míos; ambos le insistíamos en que Pierrot no habia querido ofenderle, sino evitar que cometiese un acto de severidad excesiva; que dicho negro, merced á su valor y á su audacia, habia preservado á María de una muerte segura; yo le afirmé que le debíamos los dos, él á su hija y yo á mi prometida: por otra parte, Pierrot era el más vigoroso de sus esclavos (porque yo ya no pensaba entonces en obtener su libertad, sino en conseguir su vida); que su trabajo valia por diez de los otros negros, pues solo con la fuerza de su brazo podia poner en movimiento los cilindros de un molino azucarero. Mi tío me escuchaba con benevolencia, dándome á entender que tal vez no pro-

Esta extraña reconvencción me hizo sonreír; lo advirtió el negro y prosiguió con acento amargo:

—Sí, tengo motivo para quejarme de tí; me salvaste de un cocodrilo y de un colono, y, lo que es peor todavía, me has quitado el derecho de aborrecerte. ¡Soy muy desgraciado!

Lo singular de su lenguaje y de sus ideas dejó casi de sorprenderme al ver que estaban en armonía con el estado de su espíritu.

—Mucho más os debo que vos á mí, porque os debo la existencia de mi prometida María.

Al oír este nombre corrió por todos sus miembros una conmocion eléctrica.

—María! dijo con voz ahogada; y apoyó la cabeza entre las manos, que se crispaban con violencia, mientras que penosos suspiros hinchaban las anchas paredes de su pecho.

Confieso que entonces se despertaron mis amortiguadas sospechas, pero sin cólera y sin celos; estaba yo demasiado cerca de la felicidad, y él demasiado cerca de la muerte, para que semejante rival, si en efecto lo era, pudiese excitar en mí otros sentimientos que los del afecto y los de la compasion.

Despues de una larga pausa me dijo:

—Basta! no me déis las gracias... debéis creer que no soy de una clase inferior á la tuya.

Esas palabras revelaban un orden de ideas que excitaban vivamente mi curiosidad; roguéle que me dijese quién era y me relatase todo lo que habia sufrido, pero guardó sombrío silencio.

Mi generosidad le conmovió: el ofrecimiento de mis servicios y mis súplicas vencieron en él el disgusto que sentia por la vida. Salió por el agujero abierto junto á la ventana y trajo algunas bananas y una enorme nuez de coco; despues cerró la abertura y se puso á comer. Conversando con él, observé que hablaba con la misma facilidad el francés que el español y que poseia alguna cultura: sabia algunas romanzas españolas, que cantaba con expresion. Tan inexplicable era aquel hombre bajo tantos aspectos, que hasta entonces no me habia sorprendido la pureza de su lenguaje. Procuré otra vez saber el motivo, pero no quiso complacerme. Al fin salí del calabozo, dando orden á mi fiel Tadeo de que le tratase con todas las atenciones y miramientos posibles.

siguiera la acusación. Nada dije al negro del cambio operado en mi tío, pues quería tener el placer de anunciarle un día su libertad, si conseguía obtenerla; pero lo que me admiraba en Pierrot era que, creyendo cercana su última hora, no se quisiese aprovechar de algún medio de evasión que tenía á sus alcances. Comuniquéle mi sorpresa respecto á este punto.

—Preciso es que permanezca en este sitio, me respondió con frialdad; no quiero que crean que tengo miedo.

## XIV.

Una mañana entró María en mi habitación; venía radiante de alegría, expresando en su rostro algo más angélico que la satisfacción del amor correspondido. Expresaba la idea de una buena acción.

—Escucha, me dijo; dentro de tres días, el 22 de Agosto, se celebrará nuestra boda. Muy pronto...

Yo la interrumpí:

—María, no digas que es pronto dentro de tres días.

Ella ruborizóse y se sonrió.

—No me interrumpas, Leopoldo, que vengo á comunicarte una idea que sé que te dejará contento. Sabes que fui ayer con mi padre á la ciudad á comprar las galas de desposada. No te digo esto porque me importen gran cosa las alhajas ni los diamantes, que no me harán más hermosa á tus ojos, y yo daría todas las perlas del mundo por una de las flores que marchitó aquel hombre que me obsequiaba con un ramo de caléndulas: mi padre quiere que me case con esplendidez, y yo le manifiesto que ese lujo me complace, porque sé que esto le halaga. Ayer ví una basquiña de raso de la China con grandes flores, encerrada en una caja olorosa de madera, que me llamó la atención. Notólo mi padre, y al llegar á casa le pedí que me otorgase un don á la usanza de los antiguos caballeros; ya sabes que le gusta mucho que le comparen con los caballeros de la antigüedad. Juróme por su honor que me concedería lo que le pidiese... él cree que voy á pedirle la basquiña de raso de la China, y yo lo que quiero pedirle es el perdón de Pierrot. Hé aquí mi regalo de boda.

No pude menos de estrechar en mis brazos á aquel ángel. La palabra de mi tío era sagrada, y mientras María iba á reclamar de él el cumplimiento de la

promesa, yo corrí al fuerte de Galifet á anunciar á Pierrot que iba á salvarle la vida.

—¡Hermano, le dije entrando en el calabozo, hermano, regocíjate! Te libré de la muerte. María ha pedido á su padre tu perdón como regalo de boda.

El esclavo se estremeció.

—María! su boda! mi vida!... ¿Cómo puede compaginarse todo esto?

—Pues sencillamente, le respondí. Salvaste la vida á María y ella se casa.

—Con quién? gritó el esclavo, y sus miradas eran terribles.

—No lo sabes? le contesté con dulzura; conmigo.

La formidable expresión de su rostro trocóse en benévola, marcando su resignación, y me dijo:

—Ah! es verdad, contigo... ¿Y qué día se celebra el casamiento?

—El 22 de Agosto.

—El 22 de Agosto! estás loco? repuso con acento de espanto y de agonía.

Se detuvo; yo le miré con asombro. Después de un breve silencio, me estrechó cariñosamente la mano.

—Hermano, tanto te debo, que es preciso que te dé un consejo. Créeme; vete al Cabo y cástate antes del 22 de Agosto.

En vano quise descifrar el sentido de esas palabras enigmáticas.

—Adios, me dijo con solemnidad: te dije quizás demasiado; pero yo odio más la ingratitud que el perjurio.

Me separé de él indeciso é inquieto, pero el pensamiento de mi próxima felicidad no tardó en disipar en mí la indecisión y la inquietud.

Aquel mismo día mi tío retiró la acusación y yo volví al fuerte para hacer salir de él á Pierrot. Tadeo, sabiendo que ya estaba libre, entró conmigo en el calabozo; pero el negro no estaba ya en él. Rask, que estaba solo, se acercó á mí, acariciándome; llevaba atada al cuello una hoja de palmera; la tomé y leí escritas en ella estas palabras: *Gracias; me has salvado la vida por tercera vez. Hermano, no olvides tu promesa.* Debajo estaban escritas estas frases á manera de rúbrica: *Yo, que soy contrabandista.*

Tadeo estaba aun más atónito que yo, porque ignoraba el secreto de la ventanilla y creía que el negro se había convertido en perro. Dejéle que pensara lo que quisiese, exigiéndole que guardase profundo secreto sobre lo que acababa de ver.

Quise llevarme conmigo á Rask, pero

éste, al salir del fuerte, echó á correr y desapareció en seguida.

## XV.

Ofendió á mi tío la evasión del esclavo; yo mandé á buscarlo y escribí al gobernador para que pusiese á Pierrot enteramente á su disposición si le encontraban.

Llegó el 22 de Agosto y celebramos mi casamiento con gran pompa en la parroquia del Acul. Día feliz, en el que empezaron todas mis desgracias; me embriagaba una alegría que no podrá comprender fácilmente el que no la haya experimentado. No me acordaba de Pierrot ni de su siniestro consejo; el día tan ardientemente deseado llegó por fin; mi esposa se retiró por la noche á la cámara nupcial, á la que no la pude seguir tan pronto como ella deseaba. Un deber fastidioso, pero indispensable, reclamaba mi presencia en otra parte. Mi profesión de capitán de milicia exigía de mí esa noche que rondase los puestos avanzados del Acul, precaución que hacían entonces precisa los disturbios de la colonia, las rebeliones parciales de los negros, que aunque se sofocaban con facilidad, se habían repetido en los meses anteriores de Junio y de Julio y hasta los primeros días de Agosto en las habitaciones Thibaud y Lagoscette, á consecuencia de la irritación de los mulatos libres, á los que había exasperado el suplicio reciente del rebelde Ogé. Mi tío fué el primero que me recordó este deber y me resigné á cumplirle. Vestido, pues, de uniforme salí de la quinta de mi tío: visité los primeros cuerpos de guardia sin encontrar motivo de inquietud; pero hacía la media noche, paseándome junto á las baterías de la bahía, apercibí en el horizonte un resplandor rojizo, que se elevaba y extendía por la parte de Limonade y de San Luis de Morin.

Al principio los soldados y yo lo atribuimos á algún incendio casual; pero un momento después crecieron tanto las llamas y el humo impelido por el viento se hizo tan espeso, que tuve que volver al fuerte para tocar alarma y enviar socorros al lugar del incendio. Al pasar junto á las chozas de nuestros negros me sorprendió la agitación que reinaba en ellas; casi todos estaban despiertos y hablaban con gran vivacidad. Un nombre extraño, *Bug-Jargal*, pronunciado con respeto, sonaba muchas veces en su

jerigonza ininteligible. El sentido de algunas palabras que sorprendí pareció indicarme que se hallaban en plena insurrección los negros de la llanura del Norte, y que incendiaban las habitaciones y las plantaciones situadas al otro lado del Cabo. Al atravesar una hondura pantanosa, tropecé con un montón de hachas y de azadones ocultos entre los juncos y los manglares. Inquieto, mandé en el acto que se pusieran sobre las armas las milicias del Acul y que se vigilara á los esclavos, y todo quedó otra vez en silencio.

Entre tanto aumentaba el incendio, que parecía irse acercando al Limbé, y creímos percibir el lejano ruido de tiros y de disparos de artillería. Hacia las dos de la madrugada, mi tío, al que yo desperté, no pudiendo ya contener su inquietud, me mandó dejar en el Acul una parte de las milicias á las órdenes de un teniente; y mientras la pobre María dormía ó me esperaba despierta, obedeciendo á mi tío, que era miembro de la Asamblea provincial, emprendí el camino del Cabo con el resto de los soldados.

No olvidaré nunca el aspecto que presentaba dicha ciudad cuando me aproximé á ella. Las llamas devoraban las plantaciones de las cercanías, esparciendo sombrío resplandor, que oscurecían torrentes de humo, que el viento lanzaba hacia las calles. Torbellinos de chispas, que producían los pequeños despojos abrasados de las cañas de azúcar, eran arrastrados con violencia sobre los techos de las viviendas y sobre los aparejos de las embarcaciones fondeadas en la rada, amenazando á cada momento á la ciudad del Cabo con un incendio tan horroroso como el que ardía en sus alrededores.

Ofrecía horrible é imponente espectáculo ver por un lado á los pálidos habitantes exponer la vida por disputar al terrible azote el único techo que les quedaba después de perder su riqueza, y por otro lado ver que los navíos, temiendo la misma suerte y favorecidos por el viento tan funesto para los colonos, se alejaban á toda vela por un mar tinto con los sangrientos reflejos del incendio.

## XVI.

Aturdido por el fragor de la artillería de las fortalezas, por el clamoreo de los fugitivos y por el estruendo lejano de los derrumbamientos, no sabía hacia

qué lado dirigir mis soldados, cuando me encontré en la plaza de Armas al capitán de dragones amarillos, que nos sirvió de guía. No me detendré en describiros el cuadro que ofrecía á nuestra vista la llanura incendiada. Otros muchos han descrito ya esos primeros desastres del Cabo, y deseo pasar de prisa sobre estos recuerdos, llenos de sangre y de fuego. Me limitaré á deciros que los esclavos rebeldes eran ya dueños del Dondon, del Terrier-Rouge, de la aldea de Onanamiento y hasta de las desgraciadas plantaciones del Limbé, lo que me tenía inquieto y desazonado, porque estaban inmediatas al Acul.

Corrí al palacio del gobernador, M. de Blanchelande, en donde reinaba la mayor confusión y ni el mismo jefe sabía lo que se hacía. Pedíle órdenes, suplicándole que no perdiese de vista la seguridad del Acul, que se creía ya amenazada. El gobernador tenía á su lado á M. de Rouvray, mariscal de campo y uno de los principales propietarios de la isla; á M. de Touzard, teniente coronel del regimiento del Cabo; á algunos miembros de las Asambleas colonial y provincial y á muchos de los más poderosos colonos.

En el momento en que yo llegué, esa especie de Consejo deliberaba tumultuosamente.

—Señor gobernador, decía un miembro de la Asamblea provincial, no hay duda de ello, los rebeldes son los esclavos y no los mulatos libres. Tiempo há que lo habíamos previsto y anunciado.

—Lo decíais sin creerlo, repuso ágridamente un miembro de la Asamblea colonial, llamada *general*. Lo decíais para adquirir crédito á nuestras expensas, y tan lejos estábais de esperar una insurrección verdadera de los esclavos, que por las intrigas de vuestra Asamblea desde 1789 se simuló la famosa y ridícula revuelta de tres mil negros en los cerros del Cabo, en la que solo resultó muerto un voluntario nacional, y porque lo mataron sus compañeros.

—Repito, insistió diciendo el *provincial*, repito que vemos más claro que vosotros, y esto se explica fácilmente. Aquí nos quedábamos para la marcha de los asuntos coloniales, mientras que vuestra Asamblea en masa dirigíase á Francia para hacerse tributar risible ovación, que concluyó con las reprimendas de la Representación nacional... *ridiculus mus!*

El miembro de la Asamblea colonial contestó con amargo desden:

—¡Nuestros conciudadanos nos han reelegido por unanimidad!

—A vosotros, replicó el otro, á vosotros se debe el que se paseara la cabeza del desgraciado que se presentó sin la escarapela tricolor en un café, y que se ahorcara al mulato Lacombe por una petición que empezaba con estas palabras inusitadas:

“¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!”

—Eso es falso, contestó el miembro de la Asamblea general. Eso fué la lucha de los principios y de los privilegios de los jorobados y de los engarabitados.

—Siempre supuse que érais un *independiente*.

A semejanza del miembro de la Asamblea provincial, contestó su adversario con aire de triunfo:

—Eso es decir que sois un *pompon blanco* (1). Sea enhorabuena.

Iba á pasar más adelante esta disputa, cuando intervino el gobernador.

—Pero, señores, ¿qué tiene que ver todo eso con el inminente peligro que nos amenaza? No os injuriéis y aconsejadme. Hé aquí los informes que he recibido. La insurrección empezó esta noche á las diez entre los negros de la habitación Turpin. Dichos esclavos, mandados por un inglés llamado Buckmann, se han apoderado de los talleres y de las habitaciones de Trémes, Flaville y Noe. Han incendiado todas las plantaciones y han asesinado á los colonos, cometiendo crueldades inauditas. Los horrores que han causado os los haré comprender por un solo detalle; su estandarte es el cuerpo de un niño clavado en una lanza.

Un estremecimiento general interrumpió un momento al gobernador.

—Esta es la situación exterior, prosiguió éste. En el interior todo se halla en el mayor desorden. Muchos habitantes del Cabo han matado á sus esclavos; el miedo les ha hecho crueles. Los más humanos y los más valientes se han limitado á encerrarlos bajo llave. Los blanquillos (2) acusan de esos desastres á los mulatos libres, y muchos de éstos han estado expuestos á ser víctimas del furor popular. He mandado que se les diera como asilo una iglesia, custodiada por un batallón; y para probarme que no están en inteligencia con los negros insurrectos, me piden que les señale un

(1) Realista.

(2) Blancos no propietarios que ejercían en la colonia alguna industria.

punto y que les dé armas para defenderlo.

—No hagais tal, contestó una voz, que reconocí, la del plantador sospechoso de ser de sangre mezclada que tuvo conmigo un duelo. No hagais tal, señor gobernador; no deis armas á los mulatos.

—Es que no quereis batiros? le preguntó bruscamente un colono.

El interrogado hizo como que no entendía y prosiguió:

—Los mulatos son nuestros peores enemigos, los únicos que debemos temer, y antes debíamos esperar una insurrección de éstos que de los esclavos, porque son algo los esclavos?

El pobre hombre creía que pronunciando esas invectivas contra los mulatos se separaba de ellos y destruía en el concepto de los blancos la opinión que le clasificaba entre los de sangre mezclada. Era esa combinación demasiado cobarde para que obtuviese buen éxito, como se lo probó en seguida el murmullo de desaprobación que acompañó á sus palabras.

—Los esclavos son algo, le contestó el mariscal de Rouvray; están en proporción de cuarenta contra tres, y seríamos dignos de lástima si no tuviéramos para oponernos á los negros y á los mulatos blancos como vos.

El colono se mordió los labios.

—¿Qué pensais, señor general, preguntó el gobernador, de la petición de los mulatos?

—Armados, señor gobernador, le respondió Rouvray; agarrémonos á cualquier tabla de salvación.—Y encarándose con el colono sospechoso, le dijo: Podeis ir á armaros.

Humillado el colono, salió dando muestras de rabia concentrada.

Los clamores de angustia, esparcidos ya por toda la ciudad, llegaban de vez en cuando al palacio del gobernador, recordando á los miembros de esta conferencia el motivo que los reunió. El gobernador trasmitió apresuradamente una orden escrita con lápiz y rompió el sombrío silencio con que la Asamblea escuchaba tan espantoso rumor:

—Los mulatos se van á armar, señores, pero quedan muchas medidas por tomar.

—Es indispensable convocar la Asamblea provincial, dijo el miembro de ella que cuando yo entré hablaba.

—¿Para qué convocar á la Asamblea provincial? preguntó su antagonista.

—Se conoce que sois miembro de la

Asamblea colonial, insistió el del *pompon blanco*.

El independiente le interrumpió:

—No reconozco ni la provincial ni la colonial, dijo; para mí no hay más Asamblea que la general.

—Señores diputados, exclamó interrumpiendo un empresario de cultivos; mientras os ocupais de cosas tan insustanciales, ¿sabreis decirme qué será á esta hora de mis algodones y de mi cochinilla?

—¿Y de las cuatro mil plantas de añil que poseo en el Limbé? añadía un plantador.

—¿Y de mis negros, que unos con otros me cuestan treinta dollars por cabeza? dijo un capitán negrero.

—Cada minuto que perdais, proseguía otro colono, me cuesta, reloj y tarifa en la mano, diez quintales de azúcar, que á diez y siete pesos fuertes el quintal, equivalen en monedas de Francia á ciento treinta libras y diez sueldos.

—La colonial, que vosotros llamais general, es una usurpadora, decía el otro querellante, dominando el tumulto á fuerza de pulmones; que se quede Puerto-Príncipe confeccionando decretos para dos leguas de terreno y para que duren dos días y nos deje tranquilos. El Cabo pertenece al Congreso provincial del Norte, solo á él.

—Insisto, replicó el independiente, que el gobernador no tiene derecho á convocar otra Asamblea que la general de los representantes de la colonia, que preside M. Cadusch.

—¿Pero dónde está vuestro presidente M. Cadusch? preguntó el *pompon blanco*; dónde está vuestra Asamblea? No han acudido aquí más que cuatro miembros de ella, mientras que la provincial está aquí por completo. ¿Os figurais acaso que vos solo podeis representar á toda una Asamblea, á toda una colonia?

La rivalidad de los dos diputados, ecos fieles de las Asambleas respectivas, exigió que el gobernador interviniese otra vez.

—¿Acabareis, señores, con esas vanas cuestiones?

—Pardiez! gritó con voz de trueno el general Rouvray, dando un fuerte puñetazo en la mesa del Consejo; ¡malditos parlanchines! Preferiría habérmelas con un cañón de á veinticuatro. ¿Qué nos importan esas dos Asambleas, que se disputan la preferencia como dos compañías de granaderos que van á subir al